

---

# El tiempo de la teoría: la fuga hacia los lenguajes políticos

---

José Antonio Aguilar Rivera<sup>1</sup>

I

**P**aradójicamente, el nuevo libro de Elías Palti es una bocanada fresca de aire viejo.<sup>2</sup> También constituye una aguda revisión del revisionismo historiográfico de los últimos tres lustros en América Latina. El libro aborda temas como la relación entre el pueblo, la nación y la soberanía, la opinión pública, la razón y la voluntad general, la representación, la sociedad civil y la democracia. Los argumentos que expone Palti podrán resultar extraños a muchos historiadores de la región, pero al menos en el mundo intelectual anglosajón son ya decanos. La crítica de Quentin Skinner y J. G. A. Pocock a la historia intelectual y sus recomendaciones sobre cómo debería hacerse determinaron la dirección de la disciplina en los años setenta y ochenta en la academia anglosajona. En efecto, hacia finales de los sesenta y principios de los setenta tanto antropólogos como historiadores empezaron a reconocer cada vez más la importancia cognoscitiva e ideológica de las formas narrativas y de las estrategias retóricas. Así, el objeto de estudio comenzó a moverse de la historia de las ideas a lo que acabó por llamarse “la historia del discurso”.<sup>3</sup> Los historiadores dejaron de interesarse en las ideas en sí mismas y se preocuparon más por comprender los contextos discursivos en los que éstas se conciben. De esta forma, los historiadores participaron en algunos de los debates más interesantes de las humanidades de ese mo-

<sup>1</sup> Una versión anterior de este texto apareció en la revista electrónica *A contra corriente*. Deseo agradecer los comentarios de Roberto Breña y Erika Pani a este texto, cuya responsabilidad, sobra decir, es exclusivamente mía.

<sup>2</sup> Elías J. Palti, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

<sup>3</sup> David Harlan, *The Degradation of American History*, Chicago: University of Chicago Press, 1997, p. 4.

mento. El lenguaje se volvió central, pues fue concebido como una fuerza constitutiva, una manera dinámica de estructurar la percepción y las formas de asociación, en lugar de un medio de expresión pasivo y esencialmente invisible. Esto llevó a explorar las tradiciones retóricas y discursivas que dotaban a las expresiones ordinarias de un gran peso semántico.

Desde hace años, los historiadores intelectuales a ambos lados del Atlántico se ocupan, como quería Pocock, en investigar lenguajes políticos completos y la forma en que interactúan unos con otros. A pesar de ello, el enfoque tiene problemas constitutivos muy significativos. El problema central es que tiende a oscurecer las contribuciones de los pensadores individuales.<sup>4</sup> Así, algunos de los gigantes del pensamiento político inglés –como Hobbes y Locke– acabaron por ser relegados a un “limbo” conceptual. La historia “de los discursos” acabó por reducir a los pensadores históricos a “poco más que señalizaciones en una profusión de discursos”. Ésa, sin embargo, no era la intención de los historiadores de Cambridge. Con todo, como acertadamente señala David Harlan, “por su propio objeto de estudio, por su preocupación inevitable con las transformaciones abruptas y súbitas irrupciones que marcan la vida de los discursos, y por su énfasis en *la longue durée*, la historia de los discursos dispersa al agente histórico”.<sup>5</sup> Una empresa de este tipo tiene serios problemas para mantenerse como una historia que preserve la integridad del sujeto, como el registro de “hombres y mujeres pensando”.<sup>6</sup> Es imposible reconciliar dos imperativos antagónicos: el dominio de la estructura lingüística y la primacía de la intención autoral. En la práctica, gana el primero. El segundo problema es semejante. Por un lado, los cultores de los lenguajes políticos adscriben un peso fundamental al elemento lingüístico, una fuerza capaz de moldear y limitar la forma en la que los pensadores del pasado pueden entender los problemas y las posibilidades de sus sociedades, pero por el otro siguen insistiendo en que los historiadores actuales pueden, de alguna manera, escapar de las cadenas de su propio lenguaje para adquirir un conocimiento objetivo del ajeno. En las

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>5</sup> *Idem.*

<sup>6</sup> J. G. A. Pocock, *Politics, Virtue, Commerce and History*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985, pp. 1-2.

últimas dos décadas los proponentes de la escuela de Cambridge fueron rebasados, por así decirlo, por quienes deseaban independizar del todo al lenguaje y al texto de los autores, los postestructuralistas.

## II

Una pregunta inicial: ¿por qué –para bien y para mal– se mantuvo la mayoría de los historiadores intelectuales de América Latina por tres décadas al margen de la revolución lingüística del mundo anglosajón? Casi todos siguieron –y siguen– practicando una historia de las ideas de viejo cuño, supuestamente obsoleta. Tal vez ello se debió a la insularidad intelectual y a la abulia. Por ello es de celebrarse que Elías Palti haya producido una cepa nativa del argumento para repensar el siglo XIX. Una fortaleza de este libro, además, es que los autores individuales no han desaparecido del todo. Por ejemplo, Palti dedica muchas páginas a Mora y a Lastarria. Con todo, los protagonistas aquí son la teoría y la crítica historiográfica. La mayor parte del libro está dedicada a ellas. Las disquisiciones teóricas ocupan una gran parte del esfuerzo del autor. Éste es un libro importante y ambicioso que provoca dudas. Creo que hay varios impedimentos importantes para que la propuesta de Palti se vuelva popular, pero uno de ellos es que, contra Pocock, muchos historiadores no están convencidos en lo absoluto de la supuesta obsolescencia de la historia de las ideas. Algunos tienen buenas razones. Tampoco parecen dispuestos a abrazar una historia teorizante. Otro elemento es formal: la falta de claridad. Parafraseando a Alan Knight, podemos preguntar, ¿qué tan lúcidos son los argumentos y conceptos expuestos? ¿Se expresa la voz del autor de manera clara, consistente? Es decir, ¿es poderoso el análisis y reveladora la descripción?<sup>7</sup> El libro está escrito de manera innecesariamente oscura y compleja. Introduce numerosos conceptos, como “modelo jurídico de la opinión pública” que tal vez podrían ser innecesarios. El problema es que palabras y conceptos que deberían servir para explicar y aclarar terminan confundiendo y ofuscando. Al mismo tiempo, la sintaxis retorcida oscurece, en lugar de iluminar.

<sup>7</sup> Alan Knight, “Eric Van Young, *The other rebellion* y la historiografía mexicana”, en Eric Van Young y Alan Knight, *En torno a la Otra rebelión*, México: El Colegio de México, 2007, p. 11.

Un ejemplo: “la articulación de un concepto político coherente fundado en la idea de la representación social o semecracia supondría así un segundo movimiento por el cual se eliminara también este último exceso reeditando el principio constitutivo de lo social en el seno de la propia sociedad civil” (p. 233). La hegemonía de la jerga en este libro es, por ello, desafortunada. El autor tiene muchas cosas interesantes –algunas fascinantes– que sugerir, pero a ratos pareciera que sacrifica la claridad a favor de la palabrería. Es justo decir que la claridad ha tenido distinguidos adversarios. Por ejemplo, Theodor Adorno creía que la lucidez, la objetividad y la precisión concisa son meras “ideologías” que han sido inventadas por los editores primero y los escritores después en aras de su propio interés.<sup>8</sup> Debo confesar que prefiero la claridad de George Orwell.<sup>9</sup>

Sin embargo, es imposible negar que hay muchas cosas que celebrar del libro de Palti. Menciono sólo algunas: la voluntad de poner al día un campo atrasado y poco dinámico. A pesar de que las ideas que expone no son nuevas, es con todo un libro muy original, informado y de gran alcance. Palti es un historiador intelectual ambicioso y sofisticado. Paradójicamente, este viento viejo que nos refresca podría no revigorizar a la historia intelectual. Su prescripción es, bien vista, muy radical. Lo cierto es que la propuesta descalifica a la historia de las ideas pues increpa a sus practicantes a abandonar sus obsoletos bártulos, como si fueran instrumentos de la astronomía ptolemaica, para ponerse a hacer *otra cosa*, una astrofísica de los lenguajes políticos. Según Palti, siguiendo a Pocock, existen “limitaciones inherentes a la historia de *ideas*”. Así, “el proyecto mismo de ‘historizar’ las ‘ideas’ genera contradicciones insalvables” (p. 42). Para él, “reconstruir un lenguaje político supone no sólo observar cómo el significado de los conceptos cambió a lo largo del tiempo, sino también, y fundamentalmente, *qué impedía a éstos alcanzar su plenitud* semántica” (p. 251). La crítica de Palti a la historia de las ideas parece tener dos componentes: por un lado critica la historia que se ha hecho en América Latina, y ahí parece tener razón, pero su segunda crítica es epistemológica.

<sup>8</sup> James Miller, “Is bad writing necessary?”, *Lingua Franca*, vol. 9, núm. 9 (diciembre-enero 2000).

<sup>9</sup> George Orwell, “Politics and the English Language”, en George Orwell, *A Collection of Essays*, Nueva York: Harcourt, Brace & Co, 1981, pp. 156-171.

En lo que hace al primer aspecto, uno podría aducir que si bien la discusión sobre la “importación del liberalismo” no ha rendido muchos frutos, eso no quiere decir que no pueda hacerse una mejor historia de las ideas. Muchos hemos tratado de hacer precisamente eso. Antes que abrazar la propuesta de los lenguajes políticos, muchos historiadores harían bien en cuestionar el supuesto ampliamente extendido de que “los pensadores latinoamericanos no realizaron ninguna contribución relevante a la historia ‘universal’ del pensamiento y que lo único que puede aún justificar y tornar relevante su estudio es la expectativa de hallar ‘distorsiones’ (cómo las ideas se ‘desviaron’ del patrón presupuesto)” (p. 290). Es exagerado sostener que los enfoques que se centran en la historia de las ideas en América Latina generan necesariamente una ansiedad por la “particularidad” que nunca pueden satisfacer. Algunos lo han hecho, otros no. Por ejemplo, cuando se estudia la forma en que los mexicanos comprendieron la *idea* de la separación de poderes se hace evidente que en la “metrópoli” no había un “modelo” bien establecido, al contrario, había por lo menos dos (el norteamericano de pesos y contrapesos y el francés de límites funcionales) y la aplicación en América Latina de uno de ellos produjo efectos y reflexiones originales. En lo que hace al segundo punto, creo que Palti exagera las consecuencias del apriorismo metodológico. Es falso que “la ahistoricidad de las ideas tiende inevitablemente a generar una imagen de estabilidad transhistórica en la historia intelectual”.

Algunos historiadores creen, acertadamente, que esa *otra cosa*, la historia de los lenguajes políticos, tiene poco que decir respecto a sus preocupaciones sustantivas, pues no dialoga con ellos sobre los temas torales de la historia del pensamiento político. Sin duda, la falta de arrojo intelectual de los académicos tradicionales es criticable, pero no toda la culpa es de ellos. Lo cierto es que una redefinición del objeto mismo de estudio hace menos probable, a la larga, la acumulación progresiva de conocimiento. Además, tiene un efecto balcanizador: reducir a los cultores de los lenguajes políticos a una secta teórica y metodológica que tiene poco que decirle a la historia intelectual convencional. Si en el libro de Palti las ideas pasan a segundo término, la teoría tiene un asiento de primer orden. Una de las consecuencias del regodeo teórico en el que incurre es que a menudo se describen o redefinen aspectos conocidos del pasado, pero sin que sea claro cuál es, en

el fondo, la magnitud de la aportación. A ratos parecería que se trata de una manera diferente, y complicada, de decir ya conocido.

El enfoque produce resultados interesantes cuando el autor examina la historiografía revisionista de los últimos quince años en América Latina. Para Palti la verdadera significación de la revisión de Francois Xavier Guerra consistió en “haber desestabilizado las estrecheces de los marcos dicotómicos tradicionales propios de la historia de ‘ideas’”. Sin embargo, acaba por reprocharle a este autor las “vacilaciones de su método”, al no llevar la crítica hasta sus últimas consecuencias lógicas. Según Palti “el hecho de no distinguir claramente lenguajes e ideas lo lleva a confundir e identificar éstos como atributos subjetivos, es decir, a proyectar los lenguajes al plano de la conciencia de los actores para extraer luego de allí conclusiones relativas a su naturaleza social o identidad cultural. Y ello terminaría marrando su proyecto historiográfico. Luego de desmontar la antinomia entre liberalismo americano y atavismo peninsular sobre la cual descansa la tesis épica de la revolución de independencia, en vez de desplegar todas las consecuencias de ese hallazgo, en muchos aspectos crucial, se limitará, sin embargo, simplemente a invertir los términos, lo que lo obliga a forzar en exceso su argumento” [¿referencia?]. El resultado es que Guerra “deriva inevitablemente en una recaída en aquella visión idealista y, en última instancia, teleológica de la revolución de independencia que él se propone cuestionar” (p. 89). El problema, atisbamos, es que Guerra no abrazó plenamente la teoría de los lenguajes políticos con todas sus consecuencias: “el marco teórico del que parte Guerra no le permite hacer justicia y calibrar el sentido y la verdadera dimensión de su contribución”. Sin embargo, podríamos aducir que Guerra *no* quería renunciar a las ideas ni a las implicaciones ideológicas de la historia. Ésa, tal vez, sea la naturaleza *explícita y deliberada* de su contribución. En cambio, Palti sólo señala indirectamente una de las claras e importantes limitaciones de Guerra: sabía poco de la historia del gobierno representativo en Europa y Estados Unidos y eso le hizo ver originalidades en América Latina cuando no las había.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Sobre la “redundancia notabililar” de Guerra véase José Antonio Aguilar Rivera, *En pos de quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico* (México: FCE/CIDE, 2000). Palti cita a Guerra, equivocándose otra vez, cuando cree que el rechazo a los partidos políticos es una cosa hispanoamericana, un resabio.

La historia del pensamiento político ofrece una perspectiva distinta a algunas de las problemáticas que Palti presenta como aporías (contradicciones o paradojas insolubles). Por ejemplo, una de las pretendidas aporías que surgió en las Cortes españolas era ésta: “una vez consagrado el dogma de la soberanía popular, ¿cómo podían fijarse límites a su ejercicio, cómo evitar que aquellos que le dieron origen a la constitución se creyeran, sin más regla que su propia voluntad soberana?” (p. 93). Ése es un problema teórico que, lejos de ser hispanoamericano, es constitutivo de la fundación del gobierno representativo. Es, además, un tema sobre el que reflexionó con agudeza Benjamín Constant en el siglo XIX. Como demostraría este autor, una cosa era la soberanía popular y otra muy distinta la soberanía ilimitada. Constant escribió: “En una sociedad fundada sobre el principio de la soberanía popular es cierto que ningún individuo ni clase tienen derecho a someter al resto a su voluntad particular, pero no es cierto que la sociedad como un todo tenga una autoridad ilimitada sobre sus miembros.”<sup>11</sup> Ese problema teórico fue, podemos decir, históricamente resuelto. La respuesta eran los derechos naturales. Aunque el argumento pueda ser cuestionable, el hecho es que muchos mexicanos en el siglo XIX, particularmente en el Congreso constituyente de 1823-24, creyeron a pies juntillas lo que Constant afirmaba. Es cierto que, como Palti ha documentado, veinte años después los editores conservadores del diario *El Universal* (entre ellos Lucas Alamán) presentaron el principio de la soberanía popular como una contradicción insoluble, pero lo notable es que teóricamente no lo era, y que en la mayoría de los países las élites ilustradas no lo consideraron así.<sup>12</sup> En buena medida, porque creyeron que otros pensadores canónicos habían resuelto ya el problema. En la misma línea, tampoco resulta en absoluto obvio que “el ideal típicamente moderno de autodeterminación soberana de los sujetos choca de manera inevitable con el carácter regular

del antiguo régimen. Por el contrario, el rechazo al pluralismo, denostado como faccionalismo, es parte de la primera etapa del gobierno representativo, de los Federalistas a la Revolución francesa.

<sup>11</sup> Benjamin Constant, “On the sovereignty of the people”, *Principles of Politics*, en *Political Writings*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988, p. 176.

<sup>12</sup> Elías José Palti, “Introducción”, en *La política del disenso. La “polémica en torno al monarquismo” (México, 1848-1850) y las aporías del liberalismo*, comp. e introd. E. J. Palti, México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

de todo orden institucional, el cual es necesariamente trascendente a las voluntades e intereses accidentales de sus miembros individuales” (p. 170). Del reconocimiento de que los mandatos imperativos fueron elementos democráticos rechazados en el surgimiento del gobierno representativo Palti da un enorme brinco al asumir que ello prueba la imposibilidad de conciliar la idea democrática con la representación. Para él, Alamán daba en el blanco cuando afirmaba que la idea de representación destruía la idea democrática que constituía su propio fundamento (la idea democrática, como ha señalado Manin, era sólo uno de sus fundamentos y no el más importante). El rechazo de los mandatos imperativos no es suficiente para sostener esta afirmación. De hecho, la paradoja inherente al gobierno representativo –que era una aristocracia democráticamente electa– ha sido notoriamente estable por más de doscientos años. Podríamos aducir que de todas maneras representación y democracia son incompatibles, pero eso es hacer filosofía política, no dar cuenta de cómo se naturalizó el gobierno representativo en Europa y América en los siglos XVIII y XIX. Palti afirma que “la idea de una democracia representativa nunca alcanzará a naturalizarse en el lenguaje político del periodo”. Tiene razón, porque el *gobierno representativo* en Europa no fue concebido como una democracia representativa, sino como una *alternativa*, distinta y mejor, a la democracia, como demuestra elocuentemente Bernard Manin.<sup>13</sup>

El lector no puede dejar de pensar al leer este libro que Palti ha descubierto ricas vetas de mineral histórico, pero que su enfoque teórico le ha impedido reconocerlas y explotarlas, pues eso sería caer en la tentación de hacer historia de las “ideas”. A pesar de estas apreciaciones críticas o dudas, lo cierto es que, por el debate que suscita, el esfuerzo intelectual que representa y los desafíos que lanza a diestra y siniestra, *El tiempo de la política* es una buena noticia para la historia intelectual de América Latina. ❧

<sup>13</sup> La democracia, vista como la práctica de las antiguas ciudades griegas, tenía mala reputación cuando se gestó el gobierno representativo. Por esa razón buscaremos infructuosamente la frase “democracia representativa” en, por ejemplo, *El Federalista*. Madison concedía que el tipo de gobierno que estaban fundando era un tipo peculiar de “república”, pues el poder tenía su origen en la gran mayoría de ciudadanos. En el *Federalista* 57, afirmaba que “el método electivo de obtener gobernantes es la política característica del gobierno republicano”. Bernard Manin, *The Principles of Representative Government*, Nueva York: Cambridge University Press, 1997, p. 117.